

COMO DIOS PROTEGIÓ A SUS RECOLECTORES

Por **Felipe Pollett**

FALTABAN unos pocos días para Navidad. Las luces de colores brillaban por los ventanales adornados. La música de Navidad y la risa de los niños creaban una atmósfera de felicidad en la noche. Y Linda estaba otra vez recolectando.

Linda tenía ocho años y siempre le gustaba salir a recolectar con su madre y su hermano Ricardo, de trece años. Hacía ya tres años que salían juntos y la gente era bondadosa con ellos, y a Linda le gustaba ver cómo la gente sonreía cuando ellos hablaban de ayudar a otros con su dinero.



Linda vivía en un barrio donde había muchas casas de apartamentos.

Todas las noches cuando salían a recolectar, Ricardo visitaba los apartamentos del segundo piso, mientras que Linda y su madre visitaban los del primer piso.

En esa noche precisamente justo antes de Navidad, los tres estaban recolectando, habían recibido ya una buena suma de dinero para Jesús.

Mientras los tres se dirigían hacia otra casa de apartamentos notaron que era bastante oscura. Algunos de los apartamentos estaban desocupados, y el edificio quedaba bastante alejado de la calle. La madre dijo que no debían pasar por alto a nadie, de modo que fueron para visitar a los pocos inquilinos que había allí.

En ese momento un grupo de muchachos grandes se acercaron a Linda y a su madre. Hacían mucho ruido, y Linda tuvo un poco de miedo. Los muchachos pasaron a Linda y a su madre y luego subieron al piso de arriba donde Ricardo estaba trabajando. Después regresaron, y se quedaron mirando a Linda y a su madre. Entonces volvieron nuevamente adonde estaba Ricardo. Miraban continuamente las alcancías donde llevaban el dinero. No había ninguna otra persona por allí, y Linda se preguntaba si los muchachos podrían hacerles daño o robarles el dinero de la alcancía. De pronto un hombre bien vestido que llevaba un portafolio, se acercó a Linda y a su madre. Parecía muy amigable. La madre le habló de la recolección, y también le mencionó a los muchachos grandes. El caballero subió al segundo piso donde estaban los muchachos y les preguntó qué deseaban. Luego les dijo que abandonaran el edificio. Caminó con los muchachos hasta la calle, y siguió con ellos por la acera, durante un largo trecho. Los muchachos desaparecieron y también desapareció el caballero bien vestido. Ni Linda ni su madre supieron jamás de dónde vinieron los unos o el otro, ni tampoco por qué habían ido a la casa de apartamentos donde ellos estaban recolectando. Pero de lo que Linda estaba segura era de que Dios los había protegido. Y ella sintió tanta gratitud que allí mismo le agradeció a Jesús por haberlo hecho.